

con la impunidad increíble conseguida por él y solo imputable en el sentir que entonces le dominaba por entero, á una precaucion rayana de la cobardía. Y puesto que oyera votos, y en venas de hacerlos estaban todos, ofreció por su Dios, por el Parácleto, que si alguna vez abordaba en las playas de Italia, predicaria con tanta exaltacion y tanto entusiasmo, que no tuvieran otro remedio sino oírle sus numerosos contradictores, y probarle de alguna manera que temian con verdadero temor, aquella predicacion de heterodoxas ideas:

—Sobre todo, ánimo, decia Serafin hablando para sí en conversacion completamente íntima y silenciosa, y en uno de esos diálogos, en que ciertas facultades del alma discuten con otras facultades á la callada en disputas interiores que deben llamarse los verdaderos combates del espíritu. Sobre todo, ánimo. Las ideas tienden á difundirse como el éther; y aquel que no difunde las propias á la continua, es sin duda porque no cree ni en su bondad ni en su eficacia. Salgan, pues, de mi boca las mias tales como las dicta mi razon, y vayan á mover otras almas regenerándolas en la comunión divina de la verdad. Por el cielo azul, mas allá de las estrellas de oro, se extiende un arco iris de ideas, que juntan nuestra tierra con lo infinito, como las cadenas de que se halla suspendida la mística lámpara ante el santuario, y que faltarian al universo de no haberlas evaporado en la inmensidad, á costa de tormentas y tempestades incesantes, los recónditos abismos de la humana conciencia. Cuando he oído á estos rabíes y santones me he confirmado en el pensamiento capitalísimo de mi vida, en que es eterna la revelacion divina como es eterno el movimiento universal. Y no solamente es eterna, sino cada vez mas luminosa y mas verdadera, segun que la razon humana por las adquisiciones de verdades nuevas y la voluntad humana por la práctica de nuevas virtudes resultan mas aptas para penetrar con su vista interior en los divinos misterios. El Hijo anunciado por el Padre en tantas profecias vino á traer nueva revelacion á la vida y á sellar nuevas alianzas entre lo finito y lo infinito. Pues el Espíritu, anunciado por el Hijo, vendrá tambien á su vez en forma mucho mas bella y etérea que la forma humana, para extender sobre la tierra sus alas como sobre su nido, y darnos un Evangelio mucho mas sublime que el Evangelio de Cristo, en cuyas máximas las almas se templen para obras mayores y las sociedades se renueven con primaverales renovaciones. Y así como leyendo la Biblia, no queda duda alguna de que el Padre ha anunciado al Hijo; leyendo el Evangelio no queda duda ninguna de que el Hijo ha anunciado al Espíritu. Rogaré á mi Padre y os dará un nuevo consolador, dice Cristo en el Evangelio de San Juan. Bien será que yo me vaya, añade en otra parte del mismo libro, porque si no me voy, no vendrá el consolador á vosotros á enseñaros toda la verdad; y no hablándoos de sí mismo, os dirá todo cuanto oyera y os anunciará las cosas por venir. Sí, lo esperamos, y lo vemos en los cielos y lo sentimos en la tierra

y lo amamos en todas las criaturas, animadas de los matices de una luz espiritual mucho mas viva que el éther, como se animan en la primavera las larvas, yertas durante todo el invierno. Hay tres religiones monoteistas: el judaismo, el cristianismo y el mahometismo. Y estas tres religiones tienen de comun ciertos principios dogmáticos cual la existencia de un solo Dios y la aparicion de sus reveladores al par de ciertos principios morales que disciplinan la voluntad y dirigen la conciencia. Y como todas ellas tienen alguna parte de símbolos que se pierden, de figuras que se desvanecen, de imágenes que se apartan de su pura esencia, todas ellas pueden formar en lo porvenir el fondo y acerbo comun de un dogma bastante poderoso á unir naciones separadas hoy por la guerra, y á embellecer con la luz del alma y los beneficios de la paz regiones manchadas de sangre y ocultas entre las sombras. La religion del Parácleto se reducirá á la unidad de Dios, á la santa Providencia, á los divinos mandamientos, á la revelacion eterna y universal, á la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, apagando el fuego del infierno para siempre con la redencion de Satanás devuelto á su primera hermosura y alumbrando el espacio y la conciencia con una luz etérea emanada de las increadas ideas. Y ya que tenemos estas dulces y consoladoras esperanzas, prediquémoslas entre las gentes y muramos, si el deber lo exige, por extenderlas y por afirmarlas en la humana conciencia.

Gran rumor, proviniente de la asamblea ó reunion de numerosísima muchedumbre, atravesó los muros de las mazmorras y heló á una los corazones de sus presentes habitantes, porque denotaba la hora solemne de la ejecucion y el apego de las gentes á estos tristísimos espectáculos. Toda la elocuencia de los sacerdotes concluyó, como si la última verdad de la vida no pudiera oírse sino en el mayor recogimiento, ni el comienzo de la muerte acercarse sino en el silencio, mas expresivo que todas las palabras. Serafin, retraído y aparte durante los anteriores sermones, avalanzóse á su antiguo amigo con efusion y le estrechó en sus brazos con ese dolor tanto mas terrible, cuanto que no encuentra para su expresion y encarecimiento ni una voz, mudo como la muerte. El desenlace de aquella vida, cuya natural gloria oscureciera el desvario de los sentidos, apenábale por lo mismo que veía en él como la justicia divina pesa al fin y al cabo sobre todos los humanos desvarios y castiga con terrible castigo las humanas faltas. Filippo, grave sin afectacion, valeroso sin jactancia, resignado sin decaimiento, vuelto á Dios sin esfuerzo, mirando el supremo trance con una mezcla de dolor y de frialdad que cuadraba á su buen natural, solo sentia dejar tres cosas en las riberas de este mundo: amigos como Serafin, glorias como su paleta, amores como el gran amor de Lucrecia. Así es que, al ver entrar los ayudantes del verdugo, los ejecutores de la justicia, aquellos que debian arrancarle al mundo, lanzóse nuevamente en brazos de Serafin como para estrechar en aquel testigo de su vida todos los recuerdos abandonados aquende la



muerte. ¡Cuán feliz hubiera sido, con qué satisfaccion y contento dejara la tierra, si al par de la vocacion de su inteligencia en el arte realizara la vocacion de su sensibilidad en el amor! Moria, sin embargo, tan jóven que despues de dejar innumerables cuadros con los cuales se envaneceria por siglos de siglos su patria, aun se llevaba pintados en la mente y repetidos en la retina muchos de sin igual esplendor, cien veces más hermosos que los trazados en la primera mitad de su vida y en la alegre juventud de su inspiracion. Era en tan alto grado infeliz que, despues de haber ido tras todos los placeres anheloso, no habia gustado el mayor de ellos, la paz y la felicidad en el hogar, el amor correspondido en la bella alma de una esposa casta, los hijos rodeando la vida, y el último trance aceptado junto á una familia virtuosa que llora y que bendice. De consiguiente dejaba la vida sin haberla realizado en toda su plenitud; dejaba el mundo sin haberlo visto bajo todos sus aspectos; se iba al otro mundo con muchas y muy crudas heridas en el corazon y muchos y muy acerbos remordimientos en la conciencia. Y así, la súplica que dirigió al cielo, á esta hora, en demanda de perdon por su vida pasada, y en premio á su completo arrepentimiento, sellada estaba con el sello indeleble de una grande sinceridad. Vistióse el hábito de la Virgen del Carmen bajo cuya estameña tantas veces latiera su corazon; colgóse al cuello el santo escapulario despues de haberlo repetidas veces besado; abrazó por tercera vez á Serafin, el cual se desplomó en tierra sin sentido, y aunque seguro de su fortaleza, apoyóse en los dos frailes franciscanos que le ayudaban á bien morir, y se encaminó con paso firme y airoso continente hácia el tristísimo cadalso. Como le dijeran que hiciese á los encargados de ajusticiarle sus últimos encargos, volvióse hácia ellos, y les dijo que llevaran á su espalda un cuadro cubierto de paño negro que allí tenia para ofrecérselo y presentárselo al Sultan de Túnez ántes de arrodillarse á recibir en su pescuezo el golpe de la fatal cuchilla que debia concluir con su existencia. Y como las últimas disposiciones de un reo eran allí órdenes, cumpliéronse estas con la necesaria escrupulosidad y al pié de la letra.

Hasta en aquella hora suprema se veia el natural artístico de Filippo. Su último cuidado fué un cuadro y para un cuadro su última palabra. Conforme andaba hácia el trance postrero de su vida, veia de relieve las figuras que podian fortalecerle y consolarle recordándole á una la universalidad del dolor y de la muerte. Estéban, protomártir cayendo en el martirio; María al pié de la cruz; Magdalena al borde del santo sepulcro; Cristo en la noche angustiosa del huerto ó en la tarde terrible del Calvario. Sobre todo, su imaginacion, de una gran fuerza representativa, le llevaba al cementerio de Pisa, por sus galerías de mármol, entre sus ojivas, al traves de cuyos ángulos se cimbrean los mirtos y los cipreses, frente á frente de aquel cuadro de Orcagna representando la fatal segur, cuyo filo siega los reyes y los papas, y amenaza la cabeza de los más felices amantes, presidido todo por

el sublime ángel de las profundas miradas y de las místicas revelaciones que dicta la palabra escapada á todos aquellos séres y á todos aquellos objetos: *Oh morte, medicina d'ogni pena.* Y á este recuerdo, el sensual y epicúreo veia sus carnes desprenderse del calcáreo esqueleto; su sangre disiparse, bebida por la tierra ó evaporada por los aires, sus huesos mismos romperse para alimentar con sus átomos la voracidad de todas las cosas creadas y servir á las trasformaciones necesarias del universo, cual sirve el estiércol á convertir la semilla en raíz y la raíz en tallo, mientras que su alma, á manera de un ave celeste á la cual se hubiera abierto su prision terrena, salia del cráneo pulverizado, de los ojos extintos, de los labios cárdenos, del esqueleto yerto, abriendo sus grandes alas mayores que el espacio en su inmensidad y entonando sus arpegios más armoniosos que el cántico de las estrellas en sus esferas, por haber ido de un vuelo y haber alcanzado de una vez al invisible ideal, donde se realizan en toda su plenitud nuestros deseos más nobles y nuestras inspiraciones más sublimes con la vision perpétua del Eterno. Y aquellas muchedumbres feroces, apercibidas á presenciar su muerte, gozándose de antemano en la contemplacion de su último estertor, estúpidas y crueles, parecióronle como coros que pedian al cielo en misereres interminables, misericordia para sus culpas; y aquella luz vivísima, reverberada por el suelo metálico de Africa que despide sobre sus últimos instantes los más vivos resplandores, parecióle el crepúsculo suave formado por los iris de nuestros misteriosos vidrios en las catedrales góticas, donde el alma se repliega y se recoge para tomar su vuelo á lo infinito; y aquel jardín consagrado á un suplicio con tanto arte como si fuera un torneo y sobre cuyos tablados se aglomeraban los espectadores, parecióle el órgano de la naturaleza produciendo con sus trompetas mágicas un hosanna celeste; y aquellos frailes, que salmodiaban maquinalmente los rezos de rúbrica, y le repetian en los oidos anticipado oficio de difuntos, parecióronle los Bautistas de la bienaventuranza; y aquella muerte, despues de meditada en lo más profundo del pensamiento y recibida con resignacion por la conciencia, castigo merecido á una vida sin freno. Aquella muerte horrorosa parecióle el pedestal de su gloria y el comienzo de su inmortalidad.

Y bien necesitaba de estos interiores consuelos para ocultarle todo cuanto á su alrededor sucedia. Al verlo, aquellos espectadores que amaban al afligido Sultan y á su profanada hija, lanzaron grito de horror primero, y luego toda suerte de imprecaciones horribles. Aun no pisara el primer escalon del fatal cadalso, cuando se oyó una aclamacion general de entusiasmo. Y esta aclamacion tenia por causa única que el Sultan se presentaba en el mirador más cercano con toda su corte á ver con sus ojos la aplicacion del condigno castigo y oír con sus oidos el estertor último del alma condenada al romper los lazos del cuerpo y entrar en las llamas del infierno. Y como si fueran á matar una legion de reos, por todas las escaleras del cadal-



so, tendidos, sentados, de pié, agrupábanse innumerables ayudantes del verdugo. Y al pié del tajo, con la cuchilla en la mano, enmascarado el verdugo, como si temiera hacer algun gesto de compasion al esgrimir el instrumento de la muerte. Pero Filippo, sereno, tranquilo, en posesion de todas sus facultades, miró al público con fijeza pero sin arrogancia, y saludó al Sultan con cortesía pero sin humillacion. Y ántes de que le ciñesen las manos á la espalda y le obligasen á hincarse de rodillas dirigióse al pueblo y al Sultan, teniendo á su lado los dos frailes franciscanos que le ayudaban á bien morir y á su espalda los dos siervos portadores del cuadro encubierto. Y dijo estas palabras:

—Sultan y pueblo de Túnez, confieso que os debo la vida, aunque me hubiérais quitado la libertad. Confieso que, monstruo de verdadera ingratitud, falté á todas las leyes divinas y humanas, poniendo en olvido vuestros beneficios y desacatando con terrible desacato vuestro honor. Sirvame de pena esta confesion pública y solemne de mi crimen mucho más triste y dolorosa que el último suplicio.

Y aquí puso una larga pausa. Como el pueblo es así, concilióle un poco la benevolencia pública aquella salida singularísima y pudo dirigirse al Sultan en persona, de esta suerte:

—Señor, perdóneme V. A. Mas en mi voluntad están á V. A. consagradas mis postreras palabras y nada hay en la tierra tan respetable como la última voluntad de un moribundo.

El Sultan, más conmovido todavía que el pueblo, asintió con un signo de cabeza á esta parte del discurso.

—Señor, dijo Lippi continuando, prefiero que me mateis á que me creais ingrato. Y para demostraros que no puedo serlo, para deciros cómo vuestra imágen querida se ha grabado en mi corazon, en mi memoria, en mi fantasia, en mi inteligencia, ahí os vais á ver en persona reproducido por mi pincel.

Y dicho esto, hizo una seña, á la cual cayó el paño negro, y se descubrió el maravilloso cuadro.

Un rumor de asombro siguió á la vista del cuadro; y al rumor de asombro un grito de entusiasmo.

El pintor tenía la facultad de crear, por lo ménos de reproducir el tipo de una persona como la naturaleza repite el tipo de una especie. Hablaba materialmente el señor de Túnez como solemos decir en lengua vulgar para encarecer el parecido en los retratos. La cópia del inspirado pincel se confundía con el original de la realidad viviente. Para mayor asombro la expresion del rostro en la tabla identificábase con la expresion del rostro en aquel mismo instante. Aplauso unanime, aclamacion universal siguió á la vista de tal prodigio artístico. El cadalso se convirtió en un teatro; Lippi ó uno de esos actores aplaudidos por extremo en las farsas callejeras de

Florenzia ó uno de esos poetas aclamados en las cimas del Capitolio. La inspiracion artística guardaba aun la virtud propia de otros tiempos, la virtud de obrar milagros. El pueblo y el Sultan á porfia enviaban plácemes al reo transformado en héroe por una de esas emociones que con tanta viveza brotan en el corazon de los pueblos orientales. Solo algun santón fanático se indignaba y maldecía de aquel paganismo, cuyos arrebatos señalaban la decadencia de los antiguos sentimientos religiosos. Pero la alegría y el entusiasmo llegaron á un extremo de expansion que no quedaba medio humano de contenerlos y mucho menos de contrariarlos. Así, el Sultan hizo una seña, y el público guardó silencio, seguro de que tan extraordinario caso iba á concluirse con otro no menos extraordinario incidente. Y en efecto, dijo el Sultan estas palabras:

—Vida y libertad. Quien posee el don de avivar así mi figura no puede morir á mis manos. Vida y libertad á él y á todos los presos y cautivos cristianos que con él estén. Solo á este precio puedo pagar ese milagro del arte.

Lippi cayó de rodillas en el cadalso, y renovó mentalmente el voto hecho al cielo de no consagrarse, querido ó desdeñado, feliz ó infeliz, á imágen alguna mas que á Lucrecia.

En aquella universal alegría solo se oyó un rugido de rabia escapado al pecho del verdugo que arrojó la cuchilla y no arrojó la máscara. ¿Cómo no habia de enfurecerse el verdugo enmascarado, si era nada menos que Guido Montaperto, el cual quería cumplir por su propia mano su implacable venganza?